

Carta de Buenos Aires. Tévez y la *areté* nuestra de cada día

Luis Gregorich

Hace unos meses, tras haber convertido su gol en la final entre River Plate y Boca Juniors en el estadio Monumental, Carlos Tévez, el joven y notable delantero boquense (a estas horas ya seguramente transferido a un club extranjero), no pudo sustraerse a la tentación de celebrar su logro, para humillación de sus rivales y de la multitudinaria hinchada local, imitando el aleteo de las inofensivas aves de corral definidas, en ese instante, como la identidad y la desventura riverplatenses. (Para la jerga de la tribuna, como se sabe, los riverplatenses son «gallinas» y los boquenses, «bosteros».) Tévez fue expulsado del campo de juego por su actitud y más tarde, ya serenado, supo expresar su arrepentimiento y disculpas.

¿Un episodio menor, sobre todo si se tiene en cuenta el nivel extremo de excitación al que los medios masivos habían llevado a la gente, convirtiendo exageradamente al enfrentamiento de los dos equipos con simpatías mayoritarias del fútbol argentino en «el superclásico o la final más importantes de todos los tiempos»? Quizá, pero la carrerita y la gesticulación de Tévez aluden, incluso dentro de su candor y poca malicia, a una costumbre que se ha ido generalizando entre nosotros, y que alcanza al deporte tanto como a la política y a la vida social.

Prolongando aquellas drásticas sanciones de «al enemigo, ni justicia» y «el mejor enemigo es el enemigo muerto», ahora se ha fortalecido el «goce» (palabra de justo prestigio psicoanalítico) sobre el enemigo o adversario, el encarnizamiento en los despojos, la febril necesidad de hacer leña del árbol caído, hasta el punto de que la derrota ajena, su narración agravante, brindan mucho más placer que la victoria propia. La única ventaja de estos asesinatos simbólicos es que se requiere la supervivencia física de la víctima, para poderla seguir asesinando en efigie y disfrutar la repetición.

No siempre, sin embargo, los resultados de este ritual son incruentos. En cualquier barrio de Buenos Aires, durante la noche de la última final, se habrán podido escuchar –y esto es lo más leve– intercambios

de gritos insultantes y cantos obscenos (casi siempre articulados en la desgracia del otro), y se habrán presenciado –y esto ya no es tan leve–, grescas violentas, entreveros con puñetazos y agresiones personales. Uno de los cuadros con más inexplicable diagnóstico se ofrece cuando uno de los dos equipos –cualquiera de los dos– viaja al exterior, para representar al país en alguna Copa u otro torneo internacional: los simpatizantes del equipo que se queda aquí festejan con alborozo su derrota, anteponiendo sin vacilaciones el grito de venganza tribal a una eventual causa nacional compartida. La crónica policial ha registrado, en estas circunstancias, casos de heridos leves y graves, e incluso de muertos; quien esto escribe ha presenciado riñas violentas en la puerta de su casa.

Para terminar con el caso de Boca y River, debe apuntarse también el hecho de que los fanáticos de cada uno de los dos equipos piden a los suyos que pierdan, si ellos ya han quedado fuera de la competencia y pueden causar daño, dejándose ganar, a su eterno rival. Esta situación es la que se ha planteado en el final del último torneo de 2004. Otra vez la desdicha del enemigo es más preciada, incluso, que el propio honor.

Hay, por supuesto, explicaciones para esta patología social, la más obvia de las cuales consistiría en decir que se trata de prácticas habituales, de válvulas de escape de las tensiones colectivas, y que simplemente asistimos a una agudización de su vigencia. También se podría profundizar el razonamiento y afirmar, en otro marco, que en realidad tales hechos representan una atenuación de la violencia entre nosotros, porque actúan como un *Ersatz*, un sustituto casi inocuo de tantos años sangrientos, de una sociedad que pudo engendrar un Estado que, a su vez, fue capaz de destruir y hacer desaparecer a miles y miles de cuerpos de compatriotas.

Sea como fuere, es evidente que los ejercicios destructivos no se limitan al mundo del deporte. Hay en la actualidad muchos medios masivos de comunicación que, tal vez en sintonía con cierto canibalismo de parte de sus consumidores, se complacen en la crítica sobreactuada y la ridiculización sistemática de los gobiernos constitucionales de Carlos Menem y Fernando de la Rúa. Ambos gobiernos pueden ser criticados por distintos motivos, cada uno en su dimensión y coyuntura. Pero otra vez el ensañamiento superfluo y la permanente subestimación impiden el verdadero juicio crítico, cuya ausencia solo incrementa la perplejidad acerca del pasado y la incertidumbre sobre el futuro.

Parecería que los millones de argentinos que han votado a Menem en 1989 y 1995, y los millones de argentinos que han votado a de la

Rúa en 1999 (y que sumados —porque no son los mismos— constituyen cerca del 90 % del cuerpo electoral), son una comunidad de irresponsables, olvidadizos e infantiloides que ha sido miserablemente engañada en su buena fe. Una vez asignada la culpa política y social a dos o tres cabezas y a una o dos ideologías, todos los demás pasamos a ser inocentes y la complejidad de lo real se reduce al *slogan* de campaña y al chiste denigratorio. Además, la severísima (y acariciadoramente oficialista) mirada que algunos medios dirigen al pasado obtura una de las funciones centrales del periodismo: la razonada crítica y la investigación del presente.

El gobierno nacional, asimismo, hace su aporte de negatividad al preferir la confrontación al consenso, al elegir como estrategia de gestión la deliberada división entre amigos y enemigos, y al no reconocer a la oposición como tal y negarle incluso la posibilidad del diálogo. Por su parte, la oposición tampoco se luce por el contenido (más bien intrascendente) de sus objetivos, y opta por encerrarse en el sectarismo y la fragmentación. El escenario político se convierte así en el espejo de la rivalidad futbolística, donde un término excluye al otro y donde el sufrimiento ajeno es el combustible del propio placer.

Dan ganas de irse muy atrás, hasta los orígenes de la civilización de Occidente, en la antigua Grecia, para comprobar cómo el temple de los legendarios protagonistas de la *Ilíada*, no exentos de vanidades y flaquezas, jamás se obstina en humillar y denostar el honor de sus adversarios, incluso después de sangrientas batallas. Aquiles, el héroe griego más renombrado e irritable, mata al tomar Tebas a Ectión, su rey y padre de Andrómaca, pero no se complace en despojarlo sino que quema el cadáver con sus armas labradas y le levanta un túmulo. Es que lo que importaba para los griegos era, no el escarnio ajeno, sino la construcción de la propia virtud, o perfección, o excelencia: lo que ellos llamaban *areté*.

Seamos más humildes: no es necesario irse tan lejos en la historia. Hay modelos y conductas ejemplares cercanos, muestras discretas de *areté* que se sostienen por sí mismas. Cuando nuestro deporte aún podía eludir los extremos de la mercantilización, tuvimos en los estadios a figuras como Ernesto Lazzatti, el «Pibe de Oro», o el gran Amadeo Carrizo, o Rubén Bravo, o en las rutas a Eusebio Marcilla, el «Caballero del Camino»; y hoy, sin tanta veteranía, tenemos a nuestras campeonas de hockey, las Leonas, capaces de rechazar un fallo injusto aunque las favorezca y les haga ganar un partido. No podemos imaginar a ninguno de estos deportistas humillando al adversario y regodeándose en

su derrota. Honor a sus modestos ejemplos, a conductas que protegen y mejoran la salud social.



Biblioteca Hispánica. Mesa de préstamo